

Éste es el contexto en que surge el ecofeminismo como una *filosofía*, una *espiritualidad* y una *teología* ligadas a las necesidades fundamentales de la vida, y a la subsistencia, una perspectiva muy cercana a las mujeres pobres del Sur, que son las más afectadas por el hambre y la desnutrición, el analfabetismo y la carencia de tierra. Son ellas las que tienen que vivir en lugares inseguros y viviendas indignas, en suelos minados, contaminados con tóxicos, expuestas a radiaciones nucleares. Son ellas quienes ocupan los lugares más amenazados del ecosistema y quienes viven en propia carne las amenazas que les impone el desequilibrio ecológico.

Las *preocupaciones* de la nueva conciencia ecológica y feminista se articulan en torno a *tres ejes*: 1) la sostenibilidad ecológica y social, basada en relaciones de sororidad/fraternidad para con la naturaleza y entre los seres humanos; 2) el respeto y la preservación de la diversidad biológica y cultural en medio de un sistema que busca la uniformidad y la destrucción de las diferencias; 3) la participación y la comunicación en las relaciones sociales y en las formas de gobierno, inspiradas en la democracia como valor a vivir en todos los niveles de nuestra vida (familia, relaciones entre hombres y mujeres, escuela, sindicato, iglesias, religiones, movimientos de base, organizaciones, Estado, etc.). Así, pues cuando hablamos de ecofeminismo nos estamos refiriendo a una nueva visión del mundo, del cosmos y de toda la realidad que nos desafía a buscar formas organizativas en las que se dé una democracia inclusiva en la que todos y todas quepamos, incluyendo a la naturaleza.

El *crecimiento de la conciencia ecofeminista* es uno de los signos de la presencia del Espíritu en nuestro mundo. Se trata de una perspectiva capaz de mantener en alerta a la vez al movimiento ecológico y al movimiento feminista, pues nos hace ver que el análisis de la crisis ecológica no toca el corazón de la cuestión hasta que no vea la conexión entre la explotación de la tierra y la definición y el tratamiento sexista hacia las mujeres, pero también nos hace ver que la teoría y la práctica feminista tienen que incluir una perspectiva ecológica y las soluciones a los problemas medioambientales. El ecofeminismo logra este propósito al poner un fuerte énfasis en la *relacionalidad* y la *interdependencia* entre todos los seres, como principio absolutamente fundamental para el

mantenimiento de la vida. Al colocar la relacionalidad como principio fundante de nuestra vida, somos capaces de superar las jerarquizaciones y separaciones que establecimos entre la naturaleza y los seres humanos, y nos encaminamos a superar el complejo de superioridad de los humanos frente al resto de los seres y el de superioridad de los hombres frente a las mujeres, de los blancos frente a los negros, de los ladinos frente a los indígenas, etc. Al percibir la articulación entre las opresiones de clase, sexo y raza, y al asumir que la lucha por la liberación ha de abarcar todos los niveles, el ecofeminismo es una postura político-crítica relacionada con la lucha antirracista, antisexista, antielitista y antimilitarista. Los principios del ecofeminismo cuestionan no sólo la organización jerárquica del mundo, las organizaciones y a las iglesias, sino también a las filosofías, las antropologías y las teologías que fundamentan esa estructuración.

Otro elemento clave del ecofeminismo es la *afirmación de la sacralidad del cuerpo humano y del cuerpo cósmico*. La resacralización podría ser el fundamento de una relación no dominante hacia la naturaleza. Todos los humanos y todo lo que existe constituimos un único y sagrado cuerpo que sólo puede sobrevivir en el equilibrio y la articulación de sus diferencias. Formamos parte de la historia del universo y estamos ligadas/os a sus procesos de evolución.

Necesitamos una nueva espiritualidad que nos ayude a superar la postura *depredadora*, para situarnos en una actitud más valorativa y respetuosa del misterio de la creación. Se trata de buscar no sólo la viabilidad de unos, sino de todas y todos; no sólo de los seres humanos, sino de buscar que también sea preservada la evolución de todos los procesos vitales, y de procurar que no se interrumpa el flujo de la vida, y que vivamos desde una actitud de humildad, conscientes de que, como decía el jefe indio de Seattle, el ser humano no tejó el tejido de la vida, sino que él es simplemente uno de sus hilos.

El ecofeminismo es un paradigma holístico e incluyente que sueña con reorientar todas las relaciones injustas de la sociedad. Es una invitación a repensar qué significa ser hombre y ser mujer, qué significa habitar en esta casa común y garantizar una vida buena (y no una «buena vida») en la línea de lo que Jesús nos dice: «He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10).